

Fijación de la costumbre

Vilma Hosorio

El Salvador, 2007.

Biblioteca de *La Sombra*, 5

© Vilma Osorio.

Edición: *La sombra del membrillo*
www.lasombradelmembrillo.com
C/Arquitectos, 39, 28903
Getafe (España)

ÍNDICE

Vilma Osorio, apunte biográfico	página 4
Voz del silencio: Vilma Osorio	página 5
Fijación de la costumbre	página 7

VILMA OSORIO, APUNTE BIOGRÁFICO

Vilma Osorio nació en noviembre de 1981 en El Salvador.

Su vocación literaria la llevó a ingresar en el Taller Literario “La Casa del Escritor” de San Salvador. Participó en el IV y V Festival Internacional de Poesía de El Salvador.

Sus poemas han sido publicados en la web *Voces Amigas* de la poeta argentina Graciela Kiriadre, en el Suplemento Cultural *Tres Mil* de *Colatino*, San Salvador y en el sitio http://www.artepoetica.net/Vilma_Osorio.htm

Sus poetas favoritas son Alfonsina Storni, Alejandra Pizarnik, Claudia Herodier y Tere Andrade.

En 2007 ha residido en Texas estudiando en el Brookhaven College.

San Salvador, diciembre de 2007

VOZ DEL SILENCIO: VILMA OSORIO

Este prólogo ha de ser un ejercicio de agradecimiento. Doble agradecimiento porque la autora de estos versos nos ha entregado dos regalos: el primero, el descubrimiento del gran poeta salvadoreño Heriberto Montano; el segundo, la revelación de una personal voz poética: la que ilumina *Fijación de la costumbre*.

Gracias a Vilma Osorio nos llegó la noticia del desgraciado accidente de Montano (que ha terminado por costarle la vida) y, sobre todo, de su obra y del esfuerzo del mundo de la poesía por movilizarse para ofrecerle su ayuda. La activa Fundación de Poetas de El Salvador, con Paulina Hernández al frente, editó el poemario *La ciudad y la neblina* con objeto de recaudar fondos para atender la grave enfermedad del poeta.

Desde *La sombra del membrillo* hemos intentado contribuir a la difusión de la obra de Montano, que merece ser conocida más allá de las fronteras de su país natal. Ahora continuamos en nuestra labor de apoyo a la creación poética publicando el primer libro de la joven poeta Vilma Osorio.

En esta casa, a la luz del silencio,
el letargo se pigmenta
y germinan lirios blancos

en cada verso.

Este poema, el quinto de *Fijación de la costumbre*, condensa seguramente la poética de Osorio. Su verso es un susurro en el silencio. La anécdota exterior es adelgazada hasta la máxima espiritualización. El lector es invitado a habitar un espacio sagrado, “esta casa”. Ese espacio se encuentra iluminado por el eje semántico de toda su poesía, el silencio (“a la luz del silencio”). Y el milagro que se nos ofrece no es una proclamación sentimental o efectista, sino la contemplación de la más delicada de las realidades: “germinan lirios blancos /en cada verso”. No florecen, no fascinan con su fragancia y sensualidad: germinan. Secreta, oculta, silenciosamente.

Todo este poemario es un ejercicio anunciado en estos versos: la máxima delicadeza que descubre lo más secreto. Las herramientas verbales se corresponden con esa *voz del silencio*. Poemas breves, despojados de todo lo accesorio, con predominio de nominalización y esencialidad. Los poemas se adelgazan y espiritualizan hasta llegar a convertir el vacío de la página en tan protagonista como la palabra escrita:

Quiero
un destello
un roce
una mano
un eco
quiero.

La evidente unidad del libro, que no es un simple acopio de poemas diversos, se palpa en cada página, que exhala un mismo aliento. Como remate arquitectónico, el libro se abre y cierra con un despertar espiritualizado. El primer poema es una apelación directa al despertar de un personaje de claras connotaciones orientales: “Es tarde, Shinobu./Levántate”. Y el último del libro retoma una vez más el silencio como cántico (“la quietud cantándote al oído”):

Está bien, Shinobu.
Sigue durmiendo.

Mantén los sentidos despiertos
porque él quizá esté frente a ti
y la quietud cantándote al oído,
y el aire rompiendo paso hacia tus pulmones.

Está bien, Shinobu.
Toma nota de tus sueños.

Esta salvadoreña conectada al mundo (porque a la cultura impresa le suma la cultura digital, tan vital en su generación) sigue depositando su fe en la poesía para *tomar nota* de sus sueños y para, en pantalla o en papel, acceder al el núcleo más íntimo del ser humano: “Quiero que los recuerdos se estampen en la médula”.

Juan Antonio Cardete, diciembre de 2007.

FIJACIÓN DE LA COSTUMBRE

Es tarde, Shinobu.

Levántate.

Es tarde. Despierta.

No des más golpes en la pared.

El sol frota tu frente.

Levántate.

Es tarde, Shinobu.

Escupe el tiempo.

Desprecia el miedo.

El aire ha sido escaso,
pero tú has permanecido.

Las ráfagas de tu mirada
resucitaron las voces que callaron

ayer.

No existe un solo instante independiente de ti.
Tu boca es la gota que perfora la tranquilidad.

El cielo se diluye y queda
un hueco de silencio.

Domingo.

Hay más domingos;

éste no es el único.

La pesadilla rompe un espejo,

la obsesión tritura los cristales

y la estupidez

los recoge con la frente.

En esta casa, a la luz del silencio,
el letargo se pigmenta
y germinan lirios blancos

en cada verso.

Joven, levántate.

Siete veces:

Tal-I-tha-kúmi.

No reconoce la voz.

Está cómoda

en el regazo de Hipnos.

Ocho septiembres han rozado mis mejillas
y tu presencia se desvanece.
Sobre mi hombro, una mano ligera.
Te busco y ahí estás,
a tres metros de extrañarte.

Aquí

no hay mandamientos ni ruidos.

No hay prisa.

Fobos es triturado.

Deimos, un anciano débil, sin dentadura.

Comparezco ante Morfeo:

él extiende su cetro.

Nubes escolares,
listones de olvido.

Lamento que al final del arco iris
el cofre esté vacío.

Si te vas,
me quedo sin agua,
sin sal,
sin horas.

Tu abrazo es un garfio
y me arrastra a la tierra de las angustias.

Tu nombre es una lanza ciega.

Busco el rostro. Encuentro la máscara:
empapada de burla, fabricada de traición.

Olvido:
te has convertido en la furia
de mis noches sin sueño.

Quiero
un destello
un roce
una mano
un eco
quiero.

Las lentejuelas parpadean
y las quejas se evaporan

cerca del manto negro.

Los meteoritos
cantan, queman, barren
los recuerdos

cerca del manto negro.

El ayer escabroso,
el presente de polvo

cerca del manto negro.

Flor obsesiva que recuenta sus pétalos caídos
y enjuga el rocío
que la acompaña en sus madrugadas.

Quiero que los recuerdos se estampen en la médula.

Sueños, no se estrujen,

Páginas, no se despedacen.

El espíritu férreo se oxida.

El viento huye, el sol da la espalda.
Las arenas discurren nómadas, sin mochila.
Suplico que llegue la noche,
que las estrellas se opaquen
y se desprendan las sombras de los cactus.

Roca, te conviertes en arena.

Abro la mano, esperanza en flor.

Te desvaneces.

Laberinto, cárcel, cueva.

Caricatura, isla, cavernícola.

Coloreo la imagen.

Ahí estoy.

Un cuervo acecha
planea
y extrae de la médula
el último fragmento
de ti.

Ella busca un rostro de sol.

Se levanta y camina

de noche.

Regresa sin respuesta.

Descansa en la silla más vieja,

la favorita.

Cierra las cortinas, platica con cada pétalo

de soledad.

El árbol del traspatio ya no canta.

Las muchedumbres del pueblo son siluetas.

Nadie sonrío.

Compra un nombre, letra por letra.

Shinobu lo busca.

La noche continúa.

Él no aparece.

¿Qué sucede
pastillita inútil?

Pensamientos espinosos.

El ave arcoiris picotea los vidrios.

Un engaño, un reflejo.

Gira, da vueltas, desaparece.

Cuesta pedregosa,
huesos astillados que hieren por dentro.
He gastado oídos ajenos endecha tras endecha.

Tierra: trágame.
Nube: absórbeme.

Prefiero el estallido en el silencio,
en las sombras grises,
en los ácidos que me queman,
en lo dulce de esta hiel.

Una etiqueta,
un epitafio:

cobarde.

Ya lo sé.

Te has ido. La sed se fue contigo.

Las horas son más livianas.

La sal conserva

la calma.

Encierra y esparce tanto
en cada palabra: sonrisa y gesto.

La libertad no es un eco.

Los miedos no son secreto.

En su cenit, la luz es aliento.

Una palabra,

una sonrisa,

un gesto.

La niña platica,
sonríe.
Juega con las sombras.

No quiere hablar con las vecinas.

Ahí,
así,
está cómoda.

La niña se divierte,
juega,

pero nunca despierta.

Echar de menos y triturar cristales:

manías, vicios gastados.

El calendario ha omitido el noveno mes.

Aparece un día extra, uno distinto.

“Hay algo más tranquilo que el sueño”.

Lo escribo. Lo guardo en esta cajita de alabastro.

Respiro.

Shad-dái

(Dios)

Un corazón blanco en tu pecho nocturno
irradia sosiego a las criaturas del polvo
y tiñe de carmesí
cada partícula de luz.

Dicen que no es cierto.

Que ellos y ellas mienten.

Son hormigas que se transforman
en reyes, reinas de selva, en hienas.

Tienen sed, tienen vientre
y cada noche piden
seiscientos sesenta y seis deseos.

El invierno aún no borra los vestigios de tu voz.

Los recuerdos han perdido el color.

Tu nombre es un epitafio

mordaz.

Está bien, Shinobu.

Sigue durmiendo.

Mantén los sentidos despiertos
porque él quizá esté frente a ti
y la quietud cantándote al oído,
y el aire rompiendo paso hacia tus pulmones.

Está bien, Shinobu.

Toma nota de tus sueños.

Este libro se publicó por primera vez
el 31 de diciembre de 2007.

Biblioteca de *La Sombra*.
La Sombra del Membrillo. 2007.
www.lasombradelmembrillo.com